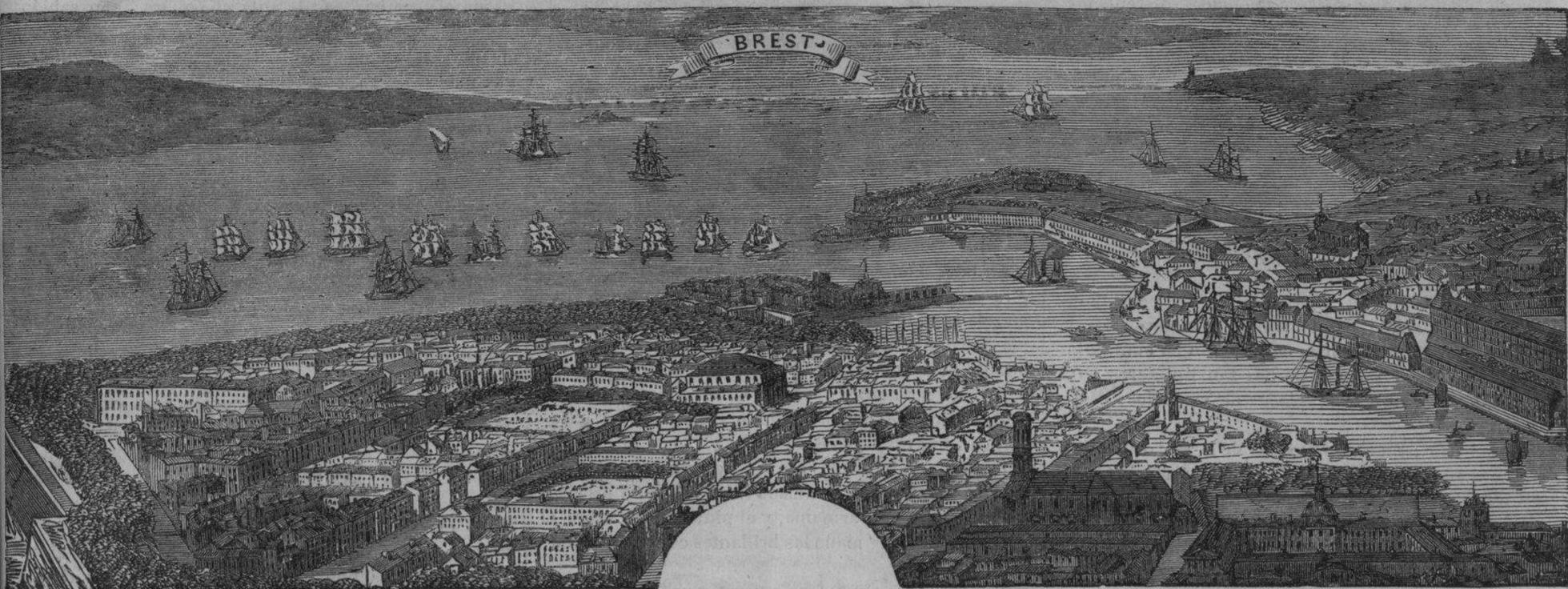


El Periódico ilustrado.



Número 37

DEL 19 AL 26 DE NOVIEMBRE DE 1865.



ADMINISTRACION Y REDACCION. CARRETAS, 8, 2.º
DESPACHO CENTRAL. CUATRO CALLES.

EL PERIÓDICO ILUSTRADO APARECERÁ CADA SEMANA.

Precios de suscripcion.

UN NÚMERO

Madrid.	Un año 24 rs.—	Seis meses 12 rs.	} 4 cuartos en MADRID.
Provincias.	Un año 28 »—	Seis meses 14 »	
Ultramar.	Un año 80 »—	Seis meses 50 »	

SUMARIO.—*Revista de la semana*, por Palacio.—*Los Amigos de los pobres*, por Echevarría.—*El diablo en el baile*, por Belza.—*Cantares*, por Perez.—*La cabeza de un rebelde*, por Honorio.—*Carreras de caballos*.—*Nuestra Señora de la Guardia*.—*Brest*.—*Cancion*, por Clarke.—*El crepúsculo*.—**LÁMINAS:** Brest.—*El crepúsculo*.—*Nuestra Señora de la Guardia*.—*Carreras de caballos*.—*Boulevard Montmartre y rue de Richelieu*.



EL CREPÚSCULO.

REVISTA DE LA SEMANA.

Cuando este número llegue á manos, y esta revista á ojos de los lectores del PERIÓDICO ILUSTRADO, se habrá ya cantado el *Te-Deum*, con que el ayuntamiento de Madrid celebra la desaparición del cólera. No tenemos, por lo tanto, ningún derecho para ocuparnos, aunque sea incidentalmente de este funesto personaje, y desde hoy queda exento de responsabilidad en todos los casos ulteriores.

Y sin embargo, no han cesado con él las calamidades, ni con él han desaparecido los temores de nuevos disgustos y de misérrimas nuevas. Esperemos que el tiempo y la casualidad, uno de sus más poderosos auxiliares, irán poco á poco restableciendo el equilibrio en los espíritus, ya que tan difícil sería restablecerlo en las fortunas.

Supongo sabrán Vds., que el jurado de poetas nombrado para dar su dictámen sobre el drama de García Gutiérrez, prohibido por la censura, lo ha emitido favorable al autor, y en términos tan lisonjeros para éste, que no renunció al placer de copiarlos: dicen así:

«Excmo. Sr.: En cumplimiento de la real orden de 5 del corriente, se reunió el Tribunal-jurado el 14 del mismo en la Biblioteca Nacional á las doce de la mañana, sin dar por terminada su tarea hasta más de las cuatro de la tarde; tarea grata hasta lo sumo, excelentísimo señor, porque el drama titulado *Juan Lorenzo* corresponde á la fama legítima de su autor ilustre, y sus tendencias son tales, que á ninguno de los individuos del Tribunal-jurado le ocurrió el reparo más leve sobre ellas.

«Por consiguiente, sin discusión alguna, y sin discrepancia, su dictámen es favorabilísimo á la conveniencia de que dicha obra sea representada.—Hartzenbusch.—Ayala.—Villergas.—Florentino Sanz.—Ferrer del Rio.»

Es por lo tanto, probable, que antes de mucho tengamos ocasión de aplaudir en el Príncipe la nueva obra del siempre inspirado poeta, del cual se ha leído también estos días en la Zarzuela un libro titulado, *El Capitán Negrero*, destinado, según noticias, á alcanzar un gran éxito.

Buena falta hacen ambas producciones para desquitarnos del mal rato que nos han hecho pasar en los dos coliseos *El Lago de las Serpientes* y *La Silla de espinas*, en la primera de las cuales han malgastado los Sres. Moderati y Rogel algunas buenas piezas de música, dignas de mejor suerte.

Resultado más favorable, aunque tampoco el que hubiera tenido en otra época, alcanza en Novedades la comedia de magia estrenada el miércoles con el título de *Batalla de diablos*, que entretiene la imaginación con algunos buenos chistes, y algunas animadas descripciones, al par que recrea la vista con un magnífico aparato, que hace honor á la aplicación y buen gusto del escenógrafo Sr. Muriel.

El Teatro Real no nos ha ofrecido ninguna novedad desde *Il Trovatore*, con el cual ha sido injusto el público, pues lo ha oído muchas veces peor cantado, y lo ha aplaudido de buena fe. Digan lo que quieran los apasionados y los críticos, lo mismo la Sra. Rey Balla que el Sr. Steger son dos artistas muy distinguidos, á los cuales al fin y al cabo no podrá menos de hacer justicia. En breve se cantará el *Rigoletto*, de Verdi, que seguramente el Sr. Merly interpretará muy bien, mientras se pinta el *Fausto* y otras óperas, y se espera la llegada de algún artista notable, para cuya adquisición la empresa no perdona sacrificios de ningún género.

Esto es todo lo que ocurre en el mundo teatral, el único fuera del político, donde se nota algún movimiento; en lo demás, todo es atonía, pereza ó desengaño.

Solo una escepcion puede hacerse, y esa en favor de un libro, que traducido del francés, ha dado á luz el conocido editor Sr. Duran. Titúlase *Los Amores de Adolfin*, y basta decir que es de Paul de Kock, para comprender su mérito y su gracia. Paul de Kock es un autor que no envejece nunca; y el cual, por más que algunos le censuren por atrevido, posee dotes de observación y de crítica, que no por ser demasiado reales, dejan de ofrecer una saludable enseñanza.

Otro libro se anuncia cuya aparición espero con ansia, seguro que ha de proporcionarme buenos ratos. Su autor, mi querido amigo y compañero Eusebio Blasco, le ha bautizado con el significativo título de

Los Curas en camisa, sin duda para hacer rabiar á los neo-católicos, pues me consta que el libro tiene tanto que ver con la religion como el PERIÓDICO ILUSTRADO con el juez de imprenta, y el retraimiento de los partidos liberales, con el que yo me impongo en este momento, dando fin á esta desmadejada revista.

M. DEL PALACIO.

LOS AMIGOS DE LOS POBRES.

Hay momentos en que conmovido el corazón en sus fibras más sensibles, late con redoblado vigor á impulsos de un noble sentimiento que embarga nuestros sentidos, dilata nuestro ser y eleva la imaginación á los brillantes espacios de eterna luz y armonía.

En tales momentos el alma halla su centro; se inspira y se conmueve en esas luminosas regiones, y se mezcla con su esencia divina, que es su esencia propia; porque el alma, como Dios, vive con el soberano aliento de la inmortalidad.

En esos momentos los buenos lloran, los escépticos dudan y los indiferentes sienten vigorizarse su corazón con nuevos átomos de fé.

En esos momentos, en fin, canta el poeta con sentida inspiración; el músico hace vibrar en los aires sublimes notas de armonía, y el pintor traza sobre el lienzo con rápida mano las brillantes concepciones de su fantasía.

Y si el artista siente bullir en su mente las brillantes ráfagas del genio, en esos instantes brotan las maravillas, y las generaciones atónitas dejan tras sí *El Paraíso perdido* de Milton, la *Norma* de Bellini, y las *Virgenes* de Murillo.

Solo una causa puede producir tan portentosos efectos: la virtud.

La virtud es la que elabora esas preciosas horas, que son los únicos puntos luminosos que guían al hombre en la inmensa oscuridad de su vida, como en la borrascosa noche guían al náufrago los faros de salvación.

La virtud es el germen de las grandes acciones.

Sin la virtud no hay nada eternamente bello.

Ella, y solo ella, abre en momentos dados nuevos horizontes á nuestra cansada vista, y nos marca el derrotero de nuestra combatida existencia.

Pero si la virtud es bella en todas sus manifestaciones, si es bienhechora en todas sus consecuencias, si es grande en todos [sus actos, nunca tan grande, tan bienhechora, ni tan bella como cuando se ostenta con el dulcísimo nombre de la caridad, porque entonces la virtud luce con los atributos de la abnegación, del amor y de la pureza, como luce la cándida flor de los jardines, que entrega todo su aroma á las alas de los vientos para hacer más delicioso el ambiente.

La caridad es el lazo sagrado que une á los desgraciados; es el beso blando y cariñoso impreso en la frente del huérfano; la lágrima furtiva que se desliza hasta el seno del amigo acongojado, y la silenciosa limosna que se dá con mano temblorosa al indigente.

La caridad verdadera, eficaz á los ojos de Dios, es la que se practica por amor, la que se emplea do quiera y por do quiera sin ostentación, sin interés mundano, sin lujo; la que se presta con lágrimas en los ojos, o con frases dulcísimas de consuelo en los labios, con santa resignación en el alma.

Así, y no de otra suerte, con ese amor, con ese desinterés, con esa eficacia, han practicado la caridad *Los Amigos de los pobres*.

Una palabra de gratitud en nombre de la sociedad para esos hijos de la virtud, que hemos encomiado con débiles frases.

Una expresión de afecto para esos bienhechores que han espuesto su vida por sus hermanos. Ellos han venido á demostrar con sus actos caritativos que la humanidad no camina despeñada hácia ese fondo de perdición que con lúgubres agujeros nos señalan un día y otro día tantos y tantos declamadores. No, la humanidad no es tan perversa como se la quiere hacer. Violentas y rudas son las pasiones en que se agita; pero aun resta en su seno el soplo celestial de las virtudes; aun tiene caridad.

¡Qué ejemplo tan magnífico ha dado España en estas, aun no estinguidas y azarosas circunstancias!

Misterioso y sañudo como el ángel de las venganzas, se ha presentado ese terrible azote llamado cólera-morbo. A su paso, los pueblos se han cubierto de luto. ¡Qué hubiera sido de ellos sin la caridad!

Madrid, lo mismo que Barcelona, lo mismo que Albacete, Valencia y otros puntos, han visto lanzarse en socorro de las víctimas á esos hijos de la caridad; han visto confundirse en una sola agrupación, en un solo sentimiento, en una sola idea, á un puñado de hombres, que con la esperanza de Dios y el corazón en la desgracia, no han cejado ante el peligro; han sabido vencerle. ¡Cuánto consuelo presta al ánimo combatido por las ambiciones políticas, por las ruindades mundanas la sola consideración de estos hechos, de estas virtudes!

Quizá, y sin quizá, los horrores del cólera-morbo, son un castigo providencial. Tal vez, irritado el Supremo Hacedor, ha lanzado sobre nosotros el poder de su ira, haciendo asomar á la atónita faz del hombre más esforzado, el cobarde miedo del culpable. En este sentido, *Los Amigos de los pobres* han hecho extensiva su caridad á la sociedad entera; han sido el único remedio á tantos males.

Las impenetrables causas de esa terrible epidemia, ponen una vez más de relieve la pequeñez del hombre, lo limitado de su ciencia, el ridículo de su orgullo, pero si sus propios esfuerzos para combatir el mal, dan por resultado la impotencia, no así los medios que emplea con el auxilio de Dios, porque al ejercer la caridad lleva por poderoso auxiliar al que murió por ella; lleva á Dios consigo mismo, lo lleva todo.

No es pues solamente el víctima arrancado á la muerte, ni la viuda, ni el huérfano, ni el menesteroso y desvalido los que deben alzar un monumento de gratitud en el fondo de su corazón; deben alzarlo igualmente en holocausto á la virtud de esos hombres, todos, todos absolutamente, sin distinción de fortunas ni de clases. Ante el heroísmo y la abnegación no hay gerarquías; solo deben existir la consideración y el respeto.

Alcemos, pues, nuestra voz para rendir el justo tributo que se merece la virtud. Nada de personalidades; desde el humilde jornalero hasta el opulento magnate, todos los que han contribuido á la gran obra, todos merecen igualmente nuestro agradecimiento. A todos habrán alcanzado igualmente las bendiciones de esos desgraciados, que en los instantes de la consternación, en los progresos rápidos de la enfermedad, en el período solemne de la agonía, cuando todo es fatídico, cruel, desgarrador, se han visto rodeados de solícita y cariñosa asistencia. ¡Que más premio necesitan las almas buenas que esas mudas bendiciones de los que dan el postrero adiós á la vida!

Madrid, foco de luchas interminables, centro de las grandes ambiciones, ha dado una prueba de que en su seno vive aun pura y lozana, como la violeta entre abrojos, la santa, la sublime virtud de la caridad.

Que Dios cubra con su mirada piadosa los pueblos que tanto bien han hecho á la humanidad; que tan buen ejemplo han dado de abnegación y de heroísmo.

F. P. ECHEVARRIA.

VANIDAD Y POBREZA.....

Romance.

Dicen que la vanidad
En pos va de la pobreza,
Y forman los dos un lazo
Que á muchísimos aprieta.

De más de tres y de seis
Y de diez y de cincuenta,
Sé yo que á puro ser pobres
Son vanos y de primera.

Esto probará, lector,
Que en este siglo de *pega*,
Civilización es luz
Que *ciegos* á muchos deja.

Y quizás por esta causa,
No comprenden, cosa es cierta,
Que es la necia vanidad
Símbolo de la miseria.

¿Mas de qué sirve que el mundo
Tales vicios escarneza,
Si la sociedad les rinde
Un culto que no debiera?
¿Qué vale que en el pecado
Lleven ya la penitencia,
Si el mal por eso no cura,
Ni el paciente, cura anhela?

Los vanidosos, que en trajes
Lo que no tienen emplean,
Ó son necios, ó carecen
De tanto así de vergüenza.

Los que estafan á un amigo
Con pretestos ó ternezas,
Solo para darse tono
En casa de B. ó de Z.,

Son vanos de tomo y lomo,
Son tunos de siete suelas,
Que ni el decoro conocen
Ni conocen la decencia.

La madre que lleva al *Monte*
Una alhaja ú otra prenda,
Solo por ir con las hijas
Al café ó á la comedia,

Es madre vana, que ejemplos
Harto fatales enseña;
Cuyas prácticas horribles
Su familia al fin hereda.

El jóven que tiene veinte
Y quiere gastar cuarenta,
Y á los usureros busca
Y entre ellos el alma deja,

Solo por la vanidad
De cruzar en carretela
La calle de su Eloisa
Y aparentar ante ella,

Concluye por corromperse
Y entraparse hasta las cejas,
Sin conseguir otra cosa
Que conseguir muchas deudas.

Y sin embargo hay mortales
Que en su afán de lucir, llegan
A cometer los delitos
Que nadie creer pudiera.

¡El honor, la mas preciada
Joya que existe en la tierra,
Cuántas hay que al fin lo venden
Por una falsa promesa!

¡Cuántas por lucir airoas
En el coche ó la platea,
No encenagan y hasta pisan
Virtud, dignidad, concienal!

¡Y cuántos por figurar
No abjuran de sus creencias,
Y reniegan de su origen
Y al vil ludibrio se entregan!...

¡Maldicion sobre la frente
De una clase tan abyecta!...
¡Baldon eterno á unos seres
Que con la deshonra alientan!

P. F. REIMUNDO.

EL DIABLO EN EL BAILE.

(HISTÓRICO.)

Nos hallamos en San Petersburgo, y el Czar de todas las Rusias lo es Nicolás I. El invierno es riguroso, y no se ve una cuarta de terreno en que la nieve ó el hielo no haya estendido su blanco y cristalino manto. Los centinelas saben perfectamente que si llegan á descuidarse, si se quedan dormidos, aunque no sean más que breves momentos, despertarán en el otro mundo, porque el sueño, con diez y seis grados de frio, es irremisiblemente la muerte.

Esto no impide, ni la excesiva temperatura interrumpe en lo más mínimo los placeres del Carnaval.

En todas partes donde se da un baile, en los teatros, delante de los palacios y de las casas más elegantes, se encuentran enormes estufas, alrededor de las cuales se apiñan, para calentar sus ateridos miembros, todos los conductores de *drowekis* y los cocheros particulares y de plaza, los cuales, sin esta caritativa prevision, se quedarían helados por docenas sobre los pescantes de sus respectivos carruajes. No vereis por las calles ni un sér humano; únicamente algunos maniqués, que envueltos en sus abrigo de pieles, se mueven acompasadamente al través de la nieve, sin que podais adivinar su sexo ni su edad.

Los estensos bosques de San Petersburgo son abandonados hasta de las fieras, y muchos osos y lobos, acosados por el hambre, se han arriesgado á penetrar en los arrabales de la ciudad donde han sido muertos á balazos. Es la opinion general que no se ha conocido en Rusia otro invierno más terrible desde la invasion de 1812.

La noche en que comienza nuestra relacion se da un gran baile de máscaras en el teatro Boischoi. Hemos pagado cinco rublos por un billete, y despues de haber mandado al conductor de nuestro *droweki*, que nos espere á la salida, dándole de propina anticipada cincuenta copecks para beber, penetramos en el salon cuando este se halla en su mayor apogeo.

Cosa singular en Rusia: entre la multitud brillante y escogida de este teatro no hallamos ni un solo uniforme militar. Sin embargo, al mezclarnos entre las comparsas y los grupos, creimos notar de cuando en cuando el ruido de un par de espuelas y el roce de varias charreteras, lo cual indicaba que debajo de muchos de aquellos dominós se ocultaban algunos oficiales generales y ayudantes de campo del emperador.

Una máscara de elevada estatura, envuelta en un dominó negro, atraviesa la multitud; va de un lado á otro; da bromas á muchas damas conocidas; elige de vez en cuando una pareja, baila una polka ó un wals, y luego desaparece. Si teneis algun amigo en el salon, positivamente que murmurará á vuestro oido, con un acento medio confidencial, medio asustado: «*Silencio; ese es el emperador, que se divierte.*» Pero lo más original del caso es, que si os deslizais detrás de la orquesta, donde las máscaras se refocilan con dulces, sorbetes y refrescos, es probable que encontréis otro dominó exactamente igual, de la misma estatura, cortado por el mismo patron que el máscara del salon, y que con el mismo buen humor da bromas á todo el mundo, come dulces, refresca y se divierte. Apuesto diez contra uno á que si pasais del café al ambigú, encontrareis cenando en una mesa, rodeado de seis ú ocho bailarinas del teatro de la Opera, y obsequiándolas con exquisitos manjares y espumoso Champagne Moett, un tercer dominó, parecido á los dos anteriores; y si nos trasladamos al salon de descanso más inmediato, un cuarto dominó negro, y de elevada estatura, se halla muellemente recostado sobre los magníficos divanes de terciopelo carmesí. Finalmente, un quinto dominó, parecido como dos gotas de agua á los cuatro precedentes, se apoya en el antepecho de un palco principal, y contempla silenciosamente las escenas de animacion y de alegría que ofrece el baile.

Ahora bien; ¿quién de los cinco, los seis ó los ocho dominós, que como sombras se reproducen en todas partes es el que oculta la persona del emperador? Esta es la cuestion grave, y sin embargo, tiene una esplicacion muy sencilla.

Los iniciados en los misterios del palacio de invierno saben que el emperador experimenta la contrariedad de que el dominó no le impide ser reconocido inmediatamente que se presenta en un baile, por su elevada estatura, cuya circunstancia le dejaba siempre á merced de los indiscretos. En tal situacion, y para hacer perder la pista á los que pretendian reconocerle, inventó el espediente de hacer vestir un dominó igual á cinco ó seis de sus ayudantes, elegidos por su colosal estatura, y algunos soldados de la guarnicion, tambien elegidos por la misma circunstancia. De este modo al ménos podria disfrutar, con un poco de más desahogo y tranquilidad, de una diversion, cuyo principal encanto es el incógnito. Los oficiales y soldados encargados de representar á la imperial persona debian contestar en ruso ó en francés á las interpelaciones que se les dirigieran, segun las instrucciones particulares que individualmente recibian. Los granaderos de Préobazinski fueron por mucho tiempo preferidos para esta clase de servicio, en razon á que algunos de los ayudantes del Czar se hacian literalmente pasar, en ciertos momentos, por S. M. I., permitiéndose cazar en terreno vedado y en dominios que no les pertenecian, en tanto que los pobres soldados de la guardia, con el bolsillo bien repleto de rublos, no se ocupaban más que en divertirse inocentemente, sin atentar á la propiedad ajena.

No vayais á suponer, sin embargo, que en este animadísimo baile á que me refiero no habia aquella noche más que gigantes con dominó negro. No: las estaturas colosales son muy comunes en Rusia, y la Rusia habia enviado aquella noche por docenas los dominós al teatro Boischoi. Esto no es decir tampoco que en el baile no pulularan con profusion los trages de capricho; algunos de ellos riquísimos y de un gusto elegante, y la prueba es, que si observais en el centro del salon, vereis un máscara que llama la atencion general. Es nada ménos que el diablo, el enemigo del género humano, pero divinamente representado. Una horrible careta, con ojos chispeantes y retorcidos cuernos,

cubre su rostro. Una especie de coraza de escamas le cubre todo el cuerpo; sus dedos aparecen armados de puntiagudas uñas; su cola es la de un dragon infernal, y finalmente, su mano derecha blande una especie de horquilla de hierro batido, con la cual desafiaria, si fuese preciso, el tridente del clásico Pluton, y con la que tiene á raya á los que se le aproximan demasiado, y que gritan con una algarabía insufrible: «*Tchort Gospodin Tchort,*» señor Lucifer!

El diablo forma parte de la nacionalidad moscovita: es el verdadero diablo teológico-gótico de la Edad media; el diablo, con sus garras, sus cuernos y su apéndice caudal. Los rusos le respetan, le llaman monseñor, y experimentan respecto á él un terror casi grotesco. El diablo en Rusia es el príncipe de las tinieblas, personaje aun muy respetable sobre la tierra, despues de haber perdido su derecho de ciudadanía en el cielo.

Gospodin Lucifer estaba sin duda alguna la noche á que me refiero de muy buen humor: daba bromas á todo el mundo; contaba historietas de la crónica picante de la capital; abrazaba sin ceremonia á las máscaras del sexo bello, que, más atrevidas, se permitian cogerle de los cuernos. A los pocos momentos de haber penetrado en el baile, ya se habia conquistado una gran popularidad entre las damas; y aprovechando esta circunstancia, escogió diez ó doce de las más bellas, convidándolas á cenar, y ofreciéndolas un banquete tan suntuoso como infernal. No hay para qué decir que el ofrecimiento fué aceptado.

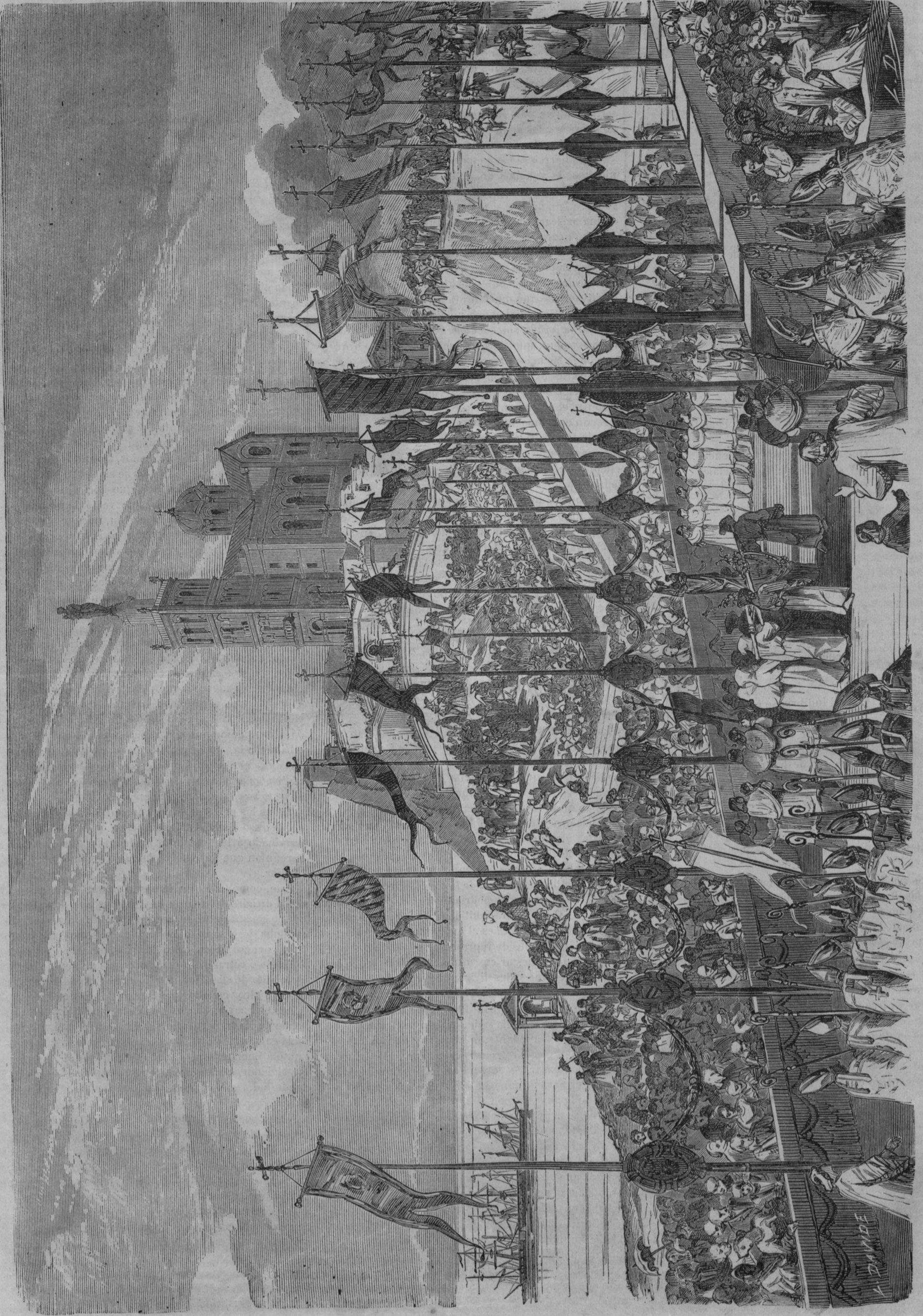
En el gran salon del ambigú se colocó una lujosa mesa, y los platos más delicados, las frutas más exquisitas, los vinos más deliciosos se sirvieron en ella con profusion. Gospodin Lucifer, que hacia los honores, destapó más de una botella, que vació de un solo trago á través de los labios de carton, porque obstinadamente se negó á quitarse la careta. Las señoras que le rodeaban procuraron, pero en vano, hacerle hablar francés; aunque políglota, Lucifer no quiso hablar más que en ruso, pero con un acento aleman tan pronunciado, que sus convidados le tomaron unánimemente por un señor muy original y extravagante.

A una de las damas, que insistía en que se quitase la careta, y hasta se permitió sorprenderle en un descuido, Lucifer la interrumpió en una de sus más encantadoras provocaciones para decirle dos palabras al oido, que la hicieron enmudecer inmediatamente, y suspender sus agresiones: nadie se daba cuenta del efecto mágico de aquella simple frase; pero interpelada la gran dama por una amiga suya que á su lado estaba sentada, no respondió más que estas palabras: «*Lo único que puedo decir es que estoy convencida que ese hombre es el diablo en persona, porque solo el diablo puede saber lo que acaba de decirme.*»

Todos los placeres, sin escepcion, tienen su término, incluso los bailes de máscaras, y este se dió por terminado á las tres de la madrugada, disolviéndose la reunion que formaba el delicioso festin ofrecido por Lucifer.

Este, como todas las demás máscaras, se apresuraron á dirigirse al guardarropa en busca de su abrigo, que lo constituia un magnífico capoton de pieles con capucha, y se lanzó á la puerta del vestíbulo llamando á su cochero; pero este, indudablemente, se habia dormido ó retrasado; lo cierto es que no acudió al llamamiento de su señor, por lo cual Gospodin Lucifer no tuvo otro remedio que llamar al conductor de un trineo ordinario, que es como si aquí dijéramos un coche de plaza, pero abierto. El cochero, hombre de mala catadura, de barba roja y de maneras rudas, preguntó á Lucifer dónde queria ser conducido, y Lucifer, envolviéndose bien en su capote de pieles, y acomodándose del mejor modo que pudo en el fondo del trineo, respondió que á la esquina de la Mala-Millioña, un poco más arriba del monumento erigido á la memoria de Alejandro I. El *ischvostchik* (es la apelacion genérica de los cocheros de trineo en Rusia), se colocó en su asiento, diciendo con aire sombrío: *Das, das* (sí, sí), y partió al trote, deslizándose rápidamente con su trineo sobre la nieve endurecida.

Es necesario saber que por aquella época se cometian de noche en San Petersburgo muchos asesinatos, que tenian alarmada á la poblacion, y es preciso saber igualmente que la mayor parte de estos crímenes eran perpetrados por los *ischvostchiks*, ó sean conductores de *drowskys* ó trineos. La semana anterior habia sido ajusticiado sobre la cima de Newski uno de estos cocheros, convicto y confeso de haber asesinado á un viajero aleman. Para inspirar más terror, la pe-



PROCESION CAMINANDO HACIA EL SANTUARIO DE NUESTRA SEÑORA DE LA GUARDIA. (Marsella.)



CARRERAS DE CABALLOS.

licia había obligado á todos los ischvostchiks á asistir á la ejecucion. Era general la opinion de que entre estos conductores de carruajes existia una especie de confederacion de estranguladores, semejantes á los thugs de la India. Para ejercer la horrible profesion de asesinos se aprovechaban de la soñolencia que el frio intenso producía en los que se servían de sus vehiculos.

(Se continuará.)

J. BELZA.

LA CABEZA DE UN REBELDE

leyenda histórica original

DE GONZALO HONORIO.

(Continuacion.)

Al oír estas nuevas, el adelantado paróse en medio del aposento, y cruzándose de brazos exclamó con arrogancia:

—¿Es decir, que estamos acorralados? ¿Qué estamos á merced de un hombre déspota y feroz, que no contento de haberse alzado con la ciudad, cometiendo mil desmanes y desafueros, pretende todavía encerrarnos en sus muros?... Vive Dios, que esto ya es demasiado, prosiguió despues de una breve pausa, paseándose de nuevo con su hijo. Sabia que las puertas estaban custodiadas por gente suya; pero no que se impidiera el paso por ellas para entrar ó salir en la ciudad. ¿Qué quiere de nosotros ese hombre? ¿No está satisfecho aun con haberse apoderado del mando, haciendo de modo que nuestros parciales, unos por temor y otros por ingratitud, nos hayan abandonado pasándose casi todos á su bando? ¿Qué es, pues, lo que pretende? Dígalo de una vez, y de una vez terminaremos esta contienda, que ya se va haciendo enojosa, no solo para nosotros, sino aun para el mismo rey, que no podrá ver de buen grado que en una de sus mejores ciudades se derrame la sangre de sus moradores, no en el campo de batalla peleando contra sus enemigos, sino en las mismas calles de la ciudad, por satisfacer tan solo el orgullo de un hombre cuya ambicion no tiene limites.

—Si vos quereis, padre mio, muy pronto podemos poner término á nuestra situacion.

—¿Y de qué modo?

—Recurriendo á lo que nuestro deber nos impone. Usando del derecho que nos asiste de repeler la fuerza con la fuerza. Sí, padre mio; ¿de qué nos sirven las espadas? ¿de qué sirve nuestro valor?... de nada: puesto que las unas se enmohecen en sus vainas, y el otro se enerva en nuestros corazones.

—Antes de recurrir á ese medio, debemos meditarlo mucho, hijo mio; porque nuestros amigos son en muy corto número, al paso que el de los Manueles cada día se acrecienta mucho más.

—Si somos inferiores en número, nuestro valor suple esta falta: dijo con energia el esforzado jóven.

—¿Y de qué nos sirve el valor cuando la traicion nos rodea por todas partes?... Ya has visto como el Concejo, que era nuestro más fiel aliado, le ha nombrado su procurador general, faltándonos en lo más árduo de nuestra empresa. Por otra parte, muchos caballeros, y casi todos de nuestro bando, han dejado la ciudad, no atreviéndose á rechazar espada en mano la audacia de los Manueles, por no aparecer ante los ojos del rey manchados con sangre murciana... No, no, hijo mio; de ningún modo. Debemos someternos y aun pasar por lo que nuestros enemigos quieran...

—¿Qué habeis dicho, señor? exclamó con impetu el valeroso jóven. ¿Someternos á la voluntad de un hombre que nada respeta para lograr su objeto, y que solo tiende á esterminarnos?... ¡Oh! al oír hablar de ese modo, padre mio, no puedo menos de decir que ya no veo en vos aquel bravo caudillo que en los campos de Nogalte y con solo mil infantes y ciento setenta caballos, arrolló á los moros granadinos, que componian tres mil infantes y setecientos ginetes, arrojándolos hasta sus fronteras duramente escarmentados.

Al oír la acusacion que su hijo le lanzaba á la cara, su orgullo se reveló contra aquel apóstrofe, y parándose en mitad del aposento, livido de cólera y con los puños crispados, exclamó con voz tremenda:

—¿Y piensas, vive Dios, que no me sobra valor para empuñar de nuevo la misma espada que en los campos de Nogalte se enrojeció hasta la empuñadura con sangre musulmana?... Pues te engañas, Juan, y de ha-

bérmelo dicho otro que no fuera mi hijo, juro á Dios que habia de costarle caro su atrevimiento: y volviéndose bruscamente, continuo su interrumpido paseo.

—¡Oh! perdonadme, padre mio: perdonad un momento de exaltacion que ha hecho arrebatarme mi sangre, y no me tomeis en cuenta el injusto reproche que he osado arrojar á vuestras canas. Pero al ver los muchos insultos que á todas horas arrojan á nuestra faz nuestros enemigos, y que en vez de oponerles resistencia quereis doblegaros á su voluntad, no he podido contenerme y he traspasado los limites que á un hijo se le conceden.

Y dos gruesas lágrimas rodaron por las tersas mejillas del jóven, como en señal de arrepentimiento.

—¡Oh, hijo mio! exclamó con ternura el adelantado al ver aquellas dos lágrimas, y estrechándolo contra su pecho. No puedo menos de alabar tu celo por nuestra causa, y me lleno de orgullo al contemplar en tí un digno descendiente de los Fajardos. Demasiado jóven todavia y sin esperiencia, no comprendes que si el rey enalteció mi celo por castigar la audacia de los moros, que faltando á lo pactado talaban los campos de Lorca, veria de mal grado que la sangre de sus vasallos se derramase por otra causa que no fuese la suya, y su enojo recaeria todo sobre mí: porque como adelantado del reino yo solo soy el responsable de la sangre de los murcianos. Así, que debo poner cuantos medios estén á mi alcance, para evitar que se derrame inutilmente.

Aquí llegaban, cuando se oyeron voces y pasos precipitados que resonaban en la antecámara.

Al mismo tiempo se apartó la colgadura, y varios caballeros penetraron en la estancia.

V.

LA CARTA.

Apenas el jóven Fajardo hubo reparado en ellos, que exclamó con entusiasmo:

—¡Oh! ¡venid, señores, venid; ayudadme á convencer á mi padre, que trata nada menos que de someterse á la voluntad de los Manueles!

—Eso jamás lo consentiremos, dijo uno de los caballeros, jóven y de buen talante. Mengua nuestra seria, que mientras ciñamos una espada, tuviéramos que ceder al capricho de un advenedizo, que, indudablemente, concluirá por ahogar á los mismos que hoy le ensalzan.

—Sed bien venidos, señores; os esperaba ya con impaciencia, dijo el adelantado, estrechando las manos de los caballeros. ¿Habeis oído las palabras de mi hijo? Se empeña en que á todo trance hagamos frente á los Manueles.

—Por mi parte, soy de la misma opinion: contestó otro caballero. Y hasta puedo aseguraros que estos amigos que me acompañan, participan de los mismos deseos, y están ansiando el momento de venir á las manos con nuestros enemigos para cobrarles de una vez, y con usura, los insultos que sin cesar nos prodigan.

Y para aseverar lo que habia dicho, se volvió hácia los caballeros como en demanda de su voto.

—Sí, contestaron: muramos todos antes que doblegarnos á la voluntad de los Manueles.

—Pero señores, dijo el adelantado: ¿habeis meditado bien lo que decís? ¿No comprendéis que eso es una locura? ¿Qué es imposible llevarlo á cabo sin que causemos el enojo del rey?

—¿Y quereis, vive Dios, exclamó con impetu el primero que habia hablado, que suframos por más tiempo las injurias é insolencias, que á todas horas nos lanzan á la faz nuestros enemigos? Pues no, no será por vida mia, mientras que mi brazo pueda sostener una espada. Mostrémosles la energia que cumple á nuestro valor, y concluyamos de una vez. O ellos ó nosotros.

—¡Bien, señor Monzon! ¡bien por vida mia! exclamó con arrebató el jóven Fajardo, al ver que sus palabras habian encontrado eco en aquel puñado de caballeros, que aun permanecian adictos á su padre. Eso es hablar cual cumple á nuestra situacion. Decís bien: ó ellos ó nosotros.

—Antes que todo, señores, dijo el adelantado, interrumpiendo á su hijo y acercándose á la mesa, ved que os parece esta carta.

—¡Ah! ¿con que os habeis decidido al fin á escribir al rey? dijo uno de ellos tomando la carta.

—Sí, es preciso. El rey no debe ignorar lo que aquí pasa. Por eso os he llamado: porque como buenos y leales amigos que sois, necesito de vuestra ayuda.

Todos hicieron un signo de asentimiento.

—Como adelantado que soy del reino de Murcia, prosiguió, debo participar á su alteza los desmanes de que somos testigos, para que castigue con severa mano la audacia de los Manueles que tan en poco tienen la dignidad del trono. Leed, señor Monzon, leed: pues cuento con vosotros para que si es de vuestro agrado, pongais vuestras firmas á continuacion de la mia.

El llamado Monzon se dispuso á leer.

Todos prestaron atencion, guardando el más profundo silencio.

El caballero leyó lo que sigue:

—«Alonso Yañez Fajardo, adelantado del reino de Murcia: á vuestra alteza salud y gracia. Sabeis: Que siendo muchos los desmanes que sin cesar se cometen en esta ciudad, por instigaciones de Andrés García de Laza, que se ha puesto al frente del bando de los Manueles, como leal vasallo que soy de vuestra alteza y como adelantado de este reino, cumple á mí deber participaros los perjuicios que pudieran reportar en mengua del trono, la desmedida ambicion del dicho Andrés García de Laza.

«No contento con haber levantado motines y asonadas con sus maquinaciones, hase apoderado de fuero propio del cargo de procurador general del Concejo, destituyendo á los fieles vasallos de vuestra alteza, y poniendo en su lugar á sus más adictos allegados.

«Ha puesto el pueblo de su parte apellidando el nombre de vuestra alteza. Ha tomado las rentas reales, y las ha repartido á su voluntad entre la hez del populacho, que por do quiera le sigue en pos, con vitores y aclamaciones.

«Otras más cosas pudiera relataros, señor, del desórden que ha causado este nuevo jefe de los Manueles, pero las dejo para mejor ocasion. Básteos saber, que si vuestra alteza no acude á castigar estos desmanes, las desdichas de esta ciudad serán sin fin.

«No les puedo oponer resistencia, porque casi todos los caballeros que hasta ahora han seguido la buena causa, defendiendo la dignidad del trono, los que no han abandonado la ciudad, se han pasado á los rebeldes, dejándome á merced del nuevo procurador. Así, pues, señor, no respondo de los males que pueden sobrevenir.

«Solo me quedan un puñado de caballeros que aun me son adictos, y que están dispuestos á morir en servicio del trono. Lo que no podrá menos de suceder, si vuestra alteza desatiende mis palabras, y no acorre con presteza á cercenar de raíz esta rebeldía.

«De Murcia, á los veinte días del mes de diciembre, del año de Nuestro Señor Jesucristo, mil trescientos noventa y cuatro.—Alonso Yañez Fajardo, adelantado del reino de Murcia.»

Terminada la lectura, hubo un breve silencio.

—¿Qué os parece, señores? preguntó el adelantado, que fué el primero que lo rompió. ¿Es fiel la pintura que hago al rey de todo cuanto aquí pasa?

Todos inclinaron la cabeza en señal de asentimiento.

—Paréceme tan bien y tan del caso, lo que relatais á su alteza, dijo el que habia leído, que por mi parte nada tengo que objetar para poner mi firma.

Y esto diciendo, se acercó á la mesa y firmó.

Los demás caballeros firmaron tambien, sin hacer la más leve objecion.

—Ahora solo nos falta hacerla llegar á manos del rey, dijo cuando todos hubieron firmado: lo que no creo muy fácil, si se tiene en cuenta que las puertas de la ciudad están guardadas por los Manueles, y que observan rigurosamente la consigna que les ha dado su nuevo jefe, el Sr. de Laza.

—¡Oh! no os dé cuidado por eso, señor de Claramonte, contestó el adelantado: yo respondo que llegará á manos de su alteza. Y dirigiéndose á la puerta, ¡Ruy-Perez! gritó.

Pasado un momento, un escudero de edad madura, pero todavia ágil y robusto, se presentó en la puerta.

—¿Habeisme llamado, señor? preguntó con acento cariñoso, al mismo tiempo que hacia una ligera inclinacion.

—Sí, Ruy; os he llamado, porque necesito de todo vuestro valor y destreza, para que desempeñeis un asunto de mucha importancia.

—Mi vida os pertenece, señor, bien lo sabeis. Mandad, que dispuesto estoy á complaceros.

—Sí, ya sé que sois un fiel servidor; hartas pruebas me habeis dado de ello. Mas por ahora solo se trata de que esa carta llegue á manos del rey.

Y señaló hácia la mesa.

—¡Oh! pues si no es más que eso, descuidad, señor, que yo os juro que llegará á su destino, contestó el fiel escudero con acento breve y decidido.

—¿Ignorais que las puertas están guardadas por los Manueles?

—Poco importa, señor. Os he prometido que llegará á manos de su alteza y lo cumpliré.

El adelantado sonrió con satisfacción al oír las palabras de su escudero.

Los caballeros se miraron unos á otros.

—¿Y si tratan de arrebatárosla, insistió el adelantado?

—En ese caso, señor, es porque he dejado de existir.

A tan noble respuesta, el adelantado se acercó á la mesa, tomó la carta, la enrolló cuidadosamente, imprimió en ella un sello con cera encarnada, y luego, atándola con una cinta del mismo color, la entregó al escudero.

—Tomad, pues, mi buen Ruy, dijo: montad á caballo, y no pareis hasta llevarla á su destino. Urje mucho que cuanto antes esté en manos de su alteza.

El escudero tomó el pergamino, hizo un profundo saludo, y abandonó la estancia precipitadamente.

Cinco minutos despues, se oyó el galope de un caballo que se alejaba.

Era Ruy-Perez, que partía á desempeñar su comisión.

G. HONORIO.

(Se continuará.)

HISTORIA DEL ORO.

Sus aplicaciones y modo de distinguir los objetos de este metal de los que se le parecen.

El oro: he aquí un cuerpo que siempre ha sido el símbolo del lujo y de la opulencia, el móvil principal de la sociedad humana. En todos los tiempos y en todos los países, el hombre ha ido en busca del oro, como si fuera su aspiración final, el bello ideal de sus ilusiones. Con el oro, se dice, todo se consigue, todo se doblega ante este mágico metal.... hasta la honra y la justicia. Con el oro todo se tiene: comodidades, amigos, riquezas, bienestar, posición social, amores.... ¡pero ay! ¡cuán engañados estamos en creerlo así!

Sin embargo, todo el mundo conoce este error, y son pocos los que se apartan de él: es achaque viejo de la humanidad creer ser feliz siendo rico, y por eso se busca el oro, sin pensar en que despues de tener lo necesario, lo demás es escrescencia que mata y corroe el corazón humano.

Pero dejemos estas consideraciones, y vengamos al objeto que nos hemos propuesto en este artículo, de hacer la historia del oro en el orden físico, sin meternos á hablar del papel, que por desgracia desempeña en el orden moral.

El oro es conocido desde la más remota antigüedad, y siempre ha sido apreciado por sus propiedades especiales: los antiguos le dedicaron al Sol, bajo cuyo nombre le designaban, y tambien le llamaron el *Rey de los metales*. Debe haber sido el primer metal que conocieron los hombres, porque se encuentra en la naturaleza al estado libre, y no como otros metales, que estando combinados con cuerpos estraños, no aparecen sus propiedades y no es fácil descubrirlos, ni estraerlos, siendo necesario que la metalurgia se halle á cierto grado de adelanto para servirse de ellos en los usos á que se destinan. El hermoso color amarillo que presenta el oro y su brillo metálico, debió llamar la atención hasta de los pueblos mas atrasados, y por consiguiente ser el primer metal que se ha conocido.

Los antiguos pueblos, los hebreos, los fenicios, los egipcios, ya conocían el oro, y es de notar que el nombre que le daban *zahab*, se deriva del verbo brillar, resplandecer, *tsahab*. Los primeros instrumentos metálicos que se hicieron, debieron ser de oro, y así se halla confirmado por los libros sagrados, que son los libros más antiguos que se conocen. En el *Pentateuco* se habla de copas, de incensarios, tazas y candelabros hechos con *oro puro* y trabajados por medio del martillo. Moisés, al construir el tabernáculo, decía á los israelitas, que cubrieran las tablas con láminas de oro, advirtiéndole que fuera *zahab tahor*, es decir, de oro puro, sin mezcla; porque la palabra *tahor*, significa puro sin mezcla. De aquí se deduce, que el pue-

blo de Israel no solo conocía el oro, sino la manera de purificarlo.

Los romanos le llamaron *aurum*, y los griegos *xpu-dós*. Estos pueblos conocían muy bien el beneficio de los minerales de oro, especialmente los romanos. Roma, dominadora del mundo en sus buenos tiempos, explotaba los pueblos, sacando el provecho que podía de ellos, y no eran las minas lo que menos la llevaba á la dominación y la conquista. España fué una de las provincias romanas, y además de sacar de ella ricos productos naturales, que hizo llamarla *el granero de Roma*, explotaron tambien sus minas, como nos lo indican las galerías, que con este objeto, se encuentran en diferentes puntos de la península, desde el tiempo de los romanos. En alguna crónica se lee, que en ciertas sitios de los Pirineos, llovía oro por el fuego, aludiendo, sin duda, á que por la fusión de ciertos minerales auríferos resulta oro. En sierra de Gador se han encontrado tambien cuevas y galerías hechas por los romanos.

Todos estos trabajos nos dicen que los romanos conocían muy bien la metalurgia del oro, y no solo sabían explotarlo cuando se hallaba el mineral puro, sino que sabían separarlo de la plata por medio de la copelación y demás operaciones que aun se usan en el día despues de tantos siglos. En España debieron ser muchas las minas de oro, á juzgar por los trabajos que dejaron los romanos, y por lo que nos cuentan los historiadores antiguos, Plinio, Vitrubio y Estrabon. Este último, célebre geógrafo de la antigüedad, dice hablando de la manera de explotar las minas en España, que despues de hacer pasar por el fuego el mineral, resulta una mezcla de oro y plata, que luego por una nueva calcinación, se destruía la plata quedando el oro puro, lo cual se halla confirmado por Plinio, en un pasaje en que se refiere la manera y hasta los ingredientes para obtener el oro puro. La metalurgia del oro, es pues, conocida desde los primeros tiempos.

En los libros de Plinio se halla descrito el oro con todas sus propiedades principales de inalterabilidad al aire, de no ser atacado por los ácidos y de ductilidad, puesto que dice que se deja hilar como la lana y hacer con él tegidos, refiriendo á propósito de esto que la emperatriz Agripina, mujer de Claudio, asistió á un espectáculo de un combate naval, con un rico manto tejido con hilos de oro puro. En otro pasaje, poseido Plinio de la mas justa indignación, censura el lujo y despilfarro de los romanos sobre el uso de objetos de oro, y dice refiriéndose á Marco Antonio, triunviro de Roma, que se servía de vasos de oro para todas sus necesidades, hasta para las mas asquerosas, en términos que este lujo hacia rugir de ira á Cleopatra misma. Tambien habla Plinio de la manera de dorar los objetos para hacerlos parecer de oro, y refiere entre otros métodos el modo de dorar al fuego, que aun en el día se usa.

En los tiempos de la magia y de la alquimia, el oro representaba un gran papel, así es que en el sistema cabalístico se decía que el oro era el ornamento del reino mineral, como Jehovah era el ornamento del mundo de los espíritus. La remisión de sus letras da el número 207, que es el mismo que resulta multiplicando el tetragráco sagrado por 8. El oro y el nombre inefable del Rey de los Cielos se encuentran en la misma combinación mística, de donde probablemente se deriva el nombre del rey de los metales, aplicado al oro por los antiguos.

En la medicina antigua jugó tambien el oro un papel importante; se administraba un elixir, en el cual el oro se halla finamente dividido y se tenía como la panacea universal de todas las enfermedades. Y por último, el oro fué el metal que más dió que hacer á los alquimistas, que en pos de la piedra filosofal, pretendían descubrir un remedio para no morir nunca y hacer el oro, transmutando en él los otros metales de ménos precio. Pero el tiempo que deshace todas las ilusiones, y es la gran muestra de los desengaños, hizo ver á los alquimistas que ni podían inventar el remedio que buscaban, ni hacer oro donde no lo había. Sin embargo, consagremos un tributo de admiración á aquellos hombres, porque ellos fueron los fundadores de la química, y á pesar de sus estravagancias y quiméricas ideas, hicieron muchos descubrimientos, que en el día son las ruedas más útiles de que se valen las artes, las ciencias y la industria.

(Se continuará.)

NUESTRA SEÑORA DE LA GUARDIA.

(MARSELLA.)

Existía del tiempo de los druidas, sobre una colina que domina á Marsella y su puerto, un bosque de encinas seculares, en medio del cual se adoraba á Teutates. Los romanos sustituyeron á Teutates por su Júpiter Capitolino, y edificaron un templo. Muchos siglos despues Francisco I, de cuyo rey muchos puerros de Francia conservan un grato recuerdo, sustituyó el templo de Júpiter por un fuerte, mucho más útil, bajo el punto de vista estratégico, que el monumento elevado á la gloria del antiguo Señor de los rayos y truenos. En este fuerte se encontraba, desde 1214, una capilla conocida bajo el nombre de Nuestra Señora de la Guardia, la cual visitaban hacia muchos siglos todos los años centenares de peregrinos.

En la presente época, la capilla se ha transformado en una magnífica iglesia de las proporciones y el estilo que indica nuestro grabado. La fiesta inaugural fué un acontecimiento para toda la población de Marsella, y nuestra lámina representa una de las procesiones que se verifican todos los años el día de la santa patrona que lleva su nombre. El espacio de que podemos disponer, no nos permite entrar en detalles sobre esta fiesta, ni tampoco los creemos de gran interés para nuestros suscritores. Basta á darles una completa idea de su magnificencia el esmerado trabajo de Mr. Davide, calcado sobre un croquis de Mr. Crapelet.

GANTARES.

Cantar que conmueve el alma
Lágrimas arranca siempre:
Cantar que un alma haya escrito
Todas las demás conmueve.

Las lágrimas son el agua
Que el sentimiento sustenta:
Quien nunca las ha vertido
Tiene el corazón de piedra.

Desde la cuna al sepulcro
Cruzo la corta distancia:
Tres querubenes van conmigo
Fé, caridad y esperanza.

Tiendes las redes mejor
Que las tienden las arañas:
Cuántos corazones pillas
A tantos robas la calma.

J. PUIG PEREZ.

CARRERAS DE CABALLOS EN LA CASA DE CAMPO.

En la última página de nuestro número anterior, dimos una lámina que representaba el sitio conocido con el nombre de *Turf*, en las carreras de caballos, y hoy damos otra, no ménos bella, dibujo expresivo y delicado de Bauman, en que aparece el precioso punto de vista que representa la Casa de campo en un día de carreras. Podrán tal vez decirnos que tanto una como otra lámina carecen de oportunidad, porque en estos momentos no se ha verificado ninguno de estos brillantes y animadísimos espectáculos, pero tenemos que dar muy buenas razones que nos disculpen. La primera, que el grabado no ha venido á nuestro poder hasta ahora, y la segunda que obras de este género y que deben figurar en un album, lo mismo que todas las obras de arte, siempre que tengan un reconocido mérito nunca carecen de oportunidad. Además, en la alternativa de guardar nuestro grabado hasta la época de las carreras el año que viene ú ofrecerlo desde luego á nuestros suscritores, hemos preferido esto último. Si obrando así hemos satisfecho á aquellos, nuestros deseos se verán cumplidos.

AVISO.

Rogamos á nuestros suscritores se sirvan dispensarnos el retraso con que hemos publicado este número, motivado por un incidente imprevisto en la remesa de los grabados. Aunque en lo sucesivo procuraremos evitar se reproduzca esto, no obstante, les pedimos un poco de indulgencia, si el próximo número no se publicara en el día que le corresponde.

BREST.

Brest, capital del departamento del Finisterre, es una ciudad de 70.000 habitantes, y al mismo tiempo cabeza de partido de la prefectura del segundo departamento marítimo.

Todo lo que un gran puerto de mar debe reunir, Brest lo posee, y una plaza fuerte que todas las marinas del mundo conocen perfectamente, y de la cual se habla siempre con respeto.

La historia de Brest se halla escrita en todas las páginas de la historia de Francia, y un volumen no sería bastante para hacer conocer a nuestros lectores, si ya no la conocen, esa esforzada centinela del vecino imperio, cuyos cañones truenan sobre las olas del Océano.

Nosotros nos limitamos a publicar en este número la vista de la ciudad: si alguno de nuestros lectores no conociese su historia, les recomendamos hojeen cualquier diccionario geográfico, porque en todos ellos encontrarán curiosas noticias.

CANCION.

Traducida del alemán, de Heine.

Murmurador se estendia
El mar al anochecer,

Y en la onda se fué á esconder
El postrer rayo del dia.

Yo estaba con ella á solas
Y callabamos los dos;
El ave marina en pos
Va de las hinchadas olas.

Negra la nube cubria
El cielo con su color,
Y una lágrima de amor
De sus ojos descendia.

La vi rodar por su mano,
De rodillas me postre,
Y con un beso borre
Aquella lágrima ufano.

Desde aquel dia la calma
De mi existencia se huyó,
Y es que ella me envenenó
Con sus lágrimas el alma.

DIEGO CLARKE.

EL CREPÚSCULO.

Considerad por un momento ese bellissimo cuadro campestre que aparece hoy en la página primera de

nuestro semanario. Todo en él respira la calma y el reposo, todo anuncia la terminacion de la labor cotidiana. La naturaleza misma parece tambien abandonarse á esa misma languidez que sucede á los árboles del dia, porque bien se comprende contemplando el grabado, que algunas horas antes los rayos de un sol ardiente han debido enseñorearse en aquel sitio delicioso.

Al presente todo aparece tranquilo: es la terminacion de la tarde. En ese cielo puro y diáfano que iluminan aun los últimos resplandores del crepúsculo moribundo, se balancean lentamente algunas ligeras nubes transparentes. Ni la más ligera brisa agita las hojas de los árboles, donde han venido á buscar un refugio los alados cantores del bosque, y ni la más leve arruga mancha el limpio cristal del arroyo, al cual se dirigen á beber los rebaños que se van al establo.

Las sombras van siendo cada vez más estensas; el azul lejano de las montañas se confunde en el horizonte, y ruidos, sombras y colores se estinguen poco á poco en esa ola poética, en ese murmullo susurrador que precede á la noche, y que convida al sueño y al descanso á todo lo que emana de la hermosa naturaleza.

Propietario y editor responsable, PEDRO AUGUSTO LAMARTINIERE.
MADRID: 1865.—Imprenta de R. LABAJOS, Cabeza, 12, principal.



Aspecto del ángulo del Boulevard Montmartre y de la rue de Richelieu el día de la aparición de un número del *Journal illustré*.